

-¿Así que la dueña del negocio no dura mucho?

-Un par de meses.

-¿Y quién se va a hacer cargo?

Graciela se demoró en responder. Sentada en la cama, se acomodó la almohada detrás de la espalda.

-Te cuento lo que estuve pensando, pero todavía no hay que decírselo a nadie.

Mijaíl también se incorporó y encendió un cigarrillo.

La eficiente empleada de *Lyon* pensaba que no era imposible sugerir, después de que la difunta se hubiese enfriado, la posibilidad de seguir con el negocio manteniendo el nombre, las instalaciones. Y acordar con la familia el asunto de los porcentajes.

Amanecía cuando se soñaron amos y señores de una cadena de tiendas. *Lyon. Ropa de mujer.*

La madre de Ángela murió sin saber que unos sanadores tarabuqueños habrían logrado convencer a su mal para que se apartara.

Sabino Colque se calzó sus sandalias de hule sin saber que llegaría a una ciudad donde habían asesinado a muchos hombres que andaban en zancos.

El hombre de zancos dejó unos libros como herencia sin saber que servirían para engordar a un traidor.

Así se comportan la vida y la muerte.

Ya estaba en la plaza el último atardecer de Sabino Colque. Y el yuyero regresaba a la pensión. Recordó a Ángela bailando en el carnaval de San Pedro. ¿Habría inhalado el olor de la vida tan fuerte como necesitaba?

Los ángeles arcabuceros estaban escritos en una esquina próxima. Y aunque agachó la cabeza, lo detuvieron. Después, el nombre de su perro movió la rueda de la tragedia.

Renzo tuvo motivos de casta para pagar el precio de una paliza. Los ángeles arcabuceros iban a hacerlo en el baldío que les correspondía. Les costó enojarse porque el yuyero les iba a favor: ni el país ni la madre ni los yuyos. Suerte que estaban allí el destino y un perro para hacer cada uno su parte. El destino saltó de la tapia y el perro ladró más allá de lo tolerable.

Una rama esperaba. Colque la alzó en defensa del único ser que lo había amado en aquella ciudad.

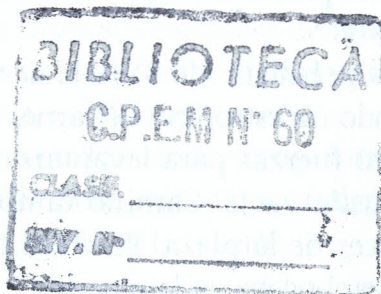
Entonces sí, los ángeles arcabuceros encontraron suficiente motivo para el odio. Un boliviano los amenazaba blandiendo un pedazo de árbol.

Ángeles arcabuceros pateando a un yuyero de Bolivia, en el vientre, en la cabeza, en la hombría. Ángeles arcabuceros pateando, sin piedad a un yuyero, ya roto.

Los arcabuceros se habían ido. Pero el destino seguía en el baldío, mirando un estropicio de carne.

Colque encontró fuerzas para levantarse. Alzó a su perro, salió a la calle vacía. Caminó tambaleante en dirección a las luces de la plaza. Pero esa calle, como cualquier otra, desembocaba en la muerte.

Y era la muerte, aquella noche, lo más parecido a Tarabuco que Sabino Colque tenía a mano.



Esta edición se terminó de imprimir en julio de 2013
en los talleres de Primera Clase Impresores, California 1251,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

OTROS TÍTULOS

La venganza de la vaca
Los vecinos mueren en las novelas
El misterio de Crantock
Sergio Aguirre

Los ojos del perro siberiano
Ella cantaba (en tono menor)
Antonio Santa Ana

La noche del polizón
Andrea Ferrari

El abogado del marciano
El alma al diablo
Un poco invisible
Marcelo Birmajer

Los años terribles
Yolanda Reyes

¿Quién conoce a Greta Garbo?
La tercera puerta
Norma Huidobro

Palomas son tus ojos
Eduardo Dayan

Veladuras
María Teresa Andruetto

Graffiti ninja
Osvaldo Aguirre y Eduardo González

El secuestro de Lucía Star
Federico Ivanier

Ronda de perdedores
Jorge Saldaña